

Las desarticulaciones de una modernización en crisis: revueltas populares y la emergencia del caudillismo en Venezuela¹

Yolanda Salas*

Este trabajo, basándose en el análisis de acciones y testimonios, se propone como objetivos centrales determinar las formas culturalmente específicas que estructuran el desorden protagonizado por el pueblo. Las revueltas populares y la desobediencia civil se organizan de acuerdo a tradiciones gestadas en la cultura. En el caso estudiado se destaca la ideología popular del cimarronaje sobre la cual se sustenta una cultura de la rebelión, desarrollada a espaldas de la nación; se señalan, a la vez, las posibles resemantizaciones y distorsiones que se pueden estar gestando soterradamente en el interior de esa cultura de la rebelión. En la segunda parte del trabajo se abordan aspectos relacionados con las secuelas de estos hechos, una vez que tales acontecimientos son apropiados por otras esferas del poder y los símbolos tradicionales sobre los que se sustenta el héroe histórico son vaciados de sus contenidos originales.

LOS SUCESOS HISTÓRICOS PROTAGONIZADOS POR EL PUEBLO

La cuenta regresiva ha comenzado

El mito de la estabilidad de la democracia venezolana quedó destruido el 27 de febrero de 1989², y la utopía de la "Nueva Venezuela" prometida

- * Investigadora de la Fundación de Etnomusicología y Folclore (FUNDEF). Caracas.
1. Ponencia presentada en el Simposio Internacional "Culturas marginadas y procesos de modernización en América Latina", organizado por La Universidad de Zurich: Romäinisches Seminar y el Centro Stefano Franscini, mayo 1995.
 2. Los mitos destruidos por los sucesos de febrero han sido tratados por Elías Pino Iturrieta en "Las pobladas de febrero y el mito de Venezuela". *Cuadernos Americanos*. Año 3. Vol. 6. No. 18, 1989, pp.96-103.

por el entonces presidente en ejercicio, Carlos Andrés Pérez, fue saqueada de las bodegas de mentiras del populismo para pasearla, convertida en realidad, por las calles de Caracas. Tan solo que fue una realidad desenmascarada, despojada de los disfraces retóricos de los discursos de las campañas políticas electorales. "La Nueva Venezuela" experimentada durante esa semana de violencia callejera ha sido el comienzo del pago de una deuda pendiente que el país tiene con una modernización desarticulada ocurrida en el seno de su sociedad. Para reseñar y comentar los acontecimientos hubo exceso de palabras e imágenes, una hiperinflación del lenguaje, sin embargo, todavía se adolece de precisión para determinar los sucesos, así como de la suficiente comprensión para explicarlos. Mucho ha quedado en el vacío y otro tanto, por degedo, ha sido desterrado al olvido.

Todo comenzó durante las primeras horas de la mañana del lunes 27, en las ciudades satélite o dormitorios de la Gran Capital: Guarenas, Guatire, La Guaira, Los Teques, cuando los usuarios del transporte público tuvieron que enfrentar el alza repentina y abultada de las tarifas. Un 30% de aumento había sido decretado oficialmente, pero algunas asociaciones de transportistas elevaron sus exigencias hasta un 100%. El aumento permitido, consecuencia del alza de precio de la gasolina, era una medida más de una serie de ajustes económicos anunciados recientemente por el gobierno para adecuarse al pago de la Deuda Externa y amoldarse a las condiciones o recetas "sugeridas" por el Fondo Monetario Internacional.

De la protesta y discusión de los usuarios con los transportistas, pronto se pasó a la toma de las calles: barricadas y fogatas de neumáticos paralizaron el tráfico. Los núcleos de protesta inmediatamente crecieron en número y composición. A los trabajadores y estudiantes que habían madrugado para dirigirse a sus sitios de labores se les unió lo que de allí en adelante los informes y reportajes llamaron "turbas", "tumultos", "masas enardecidas", "pobladas", "pueblo". Comenzó la quema y los destrozos de vehículos, continuaron las protestas y la toma progresiva de las calles. En el centro de la ciudad de Caracas, en la estación terminal de pasajeros, los estudiantes y trabajadores también protestaron. La manifestación creció; igualmente, el número de barricadas y hogueras colocadas en las calles. Bajaron los habitantes de los cerros³, los más pobres, que se unieron a los que ya se habían hecho dueños del Valle de Caracas. Luego se pasó al

3. Debido a que la ciudad de Caracas está ubicada en un Valle que ha resultado estrecho para dar cabida a su acelerado crecimiento urbanístico y poblacional, las colinas que lo bordean han sido los lugares alternativos de asentamiento: la población económicamente favorecida habita en urbanizaciones planificadas con todos sus servicios que reciben los distintivos de "lomas" y "colinas". Mientras que las clases marginadas, bajo las normas urbanísticas de la precariedad e improvisación, han construido sus viviendas en los "cerros". Muchas de estas barridas ya tienen sus cuatro o tres décadas de fundadas, las viviendas han sido mejoradas y convertidas en casas de bloque y techo firme, cuentan

saqueo: las tiendas de comestibles fueron el primer blanco. Al día siguiente, el 28, la violencia era generalizada e imperaraba principalmente en las zonas con alto índice de densidad poblacional. También los disturbios se habían irradiado a las ciudades del interior del país. El 28 fue también el día cuando se produjeron los mayores saqueos: comercios de artefactos eléctricos, grandes cadenas de supermercados y algunas fábricas fueron arrasados.

Se vivieron dos jornadas completas marcadas por un espíritu carnavalesco, la gente compró sin pagar, se vociferaron consignas contra el gobierno y el sistema. La fuerza de las "masas", de las "turbas" desbordadas en las calles no podía ser contenida por los cuerpos policiales. Por el contrario, la policía actuó con un espíritu condescendiente y hasta se hizo convidada de la revuelta. El gobierno se mostraba ausente y la dirigencia política enmudecida. La sorpresa ante la magnitud del desbordamiento los mantenía fuera del escenario y liderazgo, no hubo conducción de "masas": el pueblo era soberano.

36 horas más tarde, después de las primeras del 27, el Presidente Pérez suspendió las garantías constitucionales, dictó toque de queda por las noches y el restablecimiento del orden le fue encomendado a las Fuerzas Armadas. La voz y el poder represivo del gobierno se hizo oír. La supresión del derecho a la inviolabilidad de la libertad y seguridad personales y del hogar doméstico, de los derechos del libre tránsito por el territorio nacional, de libre expresión y de participación y asistencia a reuniones y manifestaciones dejó vía libre a la represión. El festín carnavalesco del saqueo y la ocupación de las calles y del espacio público por el pueblo se transformaron entonces en masacre. "La muerte tomó las calles"⁴. Las aguas desbordadas debían retornar a su cauce, gracias a la presencia y defensa de una institución, el ejército, preparada para la guerra y adiestrada para matar, no para controlar el orden público. Municiones como perdigones y balas de revólveres fueron sustituidos por balería para fusiles. Igualmente, los desordenes comenzaron a tener sus nombres propios: rebelión, subversión, alteración ilegal del orden. Se había expedido, en consecuencia, carta blanca para reprimir y disparar a mansalva contra las barriadas habitadas por los sectores populares.

Igualmente con ciertos servicios básicos como luz, cloacas y tomas comunales para el servicio de agua. En algunos casos tienen servicio permanente e individual de agua y luz. Algunas barriadas están atravesadas por estrechas calles que permiten el tráfico de vehículos de tracción y la mayoría están cruzadas por largas escaleras comunales, en las cuales desembocan callejones laterales.

4. Las comillas hacen referencia al título de una publicación de entrevistas y testimonios realizadas a los protagonistas que actuaron y participaron en los acontecimientos, tanto desde la esfera del poder, como en otras instancias. Cfr. *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas. Editora El Nacional y Editorial Ateneo de Caracas. 1990.

Ellos eran la mayoría. Aquella minoría de la clase media que también se unió a los saqueos —y fue vista en acción en las imágenes transmitidas por la televisión— tenía bien resguardado su lustroso pasaporte de ciudadanía. Por ello, los disparos de los fusiles y armas de largo alcance ardieron para la mayoría.

El número de muertes después de los dos días de saqueos fue más numeroso, pero los cuerpos ya no ingresaban a los hospitales ni a la morgue. Como “los dueños del poder no hallaban qué hacer con tanta muerte” insepulta, abrieron varias fosas comunes en el Cementerio General del Sur en un lugar conocido como La Peste⁵. En camiones los llevaban al foso, sin urnas especiales, ni protocolo de autopsia, ni certificado de defunción. 327 muertos acusa la información oficial; las noticias internacionales registraron unos 1.500 muertos, un informe secreto de la DIM habla de 2.227 muertos por armas de fuego⁶, y los comentarios y rumores locales estimaron en 3000 la cifra de caídos. La verdad debe andar entre el número de muertos que apenas tuvo tiempo de contar e identificar el personal de la morgue y las estimaciones aproximativas. Señala un testigo que cumplía guardia durante esos días en un conocido hospital de la ciudad: “Aquí en Venezuela, especialmente en Caracas, hubo una masacre nunca vista. Los grupos policiales se dieron a la tarea de matar. No fue simplemente represión para ‘pacificar’. Hubo muertes injustificadas. Se mató por matar, para aterrorizar a la población. ¿Cuántos ranchos⁷ fueron desbaratados a tiros? ¿Cuánta gente murió en la calle por llevarse una lata de mantequilla? Uno no se explica por qué tantas mujeres, tantos niños y tantos jóvenes, especialmente población de barrio, llegaba grave al hospital. Aquí no se vio clase media, ni profesional. Sólo marginados y eso es importante que se tome en cuenta. Fue en los barrios donde hubo la carnicería”⁸.

De esta carnicería quedan los recuerdos y los testimonios. Vecinos del Cementerio vieron pasar centenares de cadáveres apilados en camiones para ser vaciados en el fosal. Quedan también los testimonios de los cuerpos

5. Cfr. Enrique Ochoa Antleth: *Los golpes de febrero. 27 febrero 1989. 4 febrero 1992. (De la rebelión de los pobres al alzamiento de los militares)*. Caracas. Fuentes Editores. 1992. p. 46. El autor de este libro, militante del Movimiento de Avanzada Socialista (MAS) y representante de la Comisión de Defensa de Derechos Humanos, expresa al inicio de la publicación que su “visión de los hechos tiene una decisiva carga testimonial. No sé si eso contribuya a la veracidad de las opiniones que se expondrán en este libro o si mas bien la mediatice. Vivimos los sucesos en la calle, reflexionamos con sus protagonistas desde su perspectiva, compartimos el dolor con los que sufrieron. Lo que aquí declinamos no es toda la verdad pero es buena parte de la verdad” (p. 11).
6. Cfr. Heinz Sonntag y Thais Malgón: *Venezuela: 4-F 1992. Un análisis sociopolítico*. Caracas. Editorial Nueva Sociedad. 1992. p. 66.
7. Nombre que reciben en Venezuela las viviendas edificadas en las barriadas, ubicadas principalmente en los cerros que bordean el Valle de Caracas.
8. *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*. p. 65.

exhumados a raíz de las acciones legales esgrimidas por el "Comité de Familiares de las Víctimas de los Sucesos de Febrero y Marzo (COFAVIC)". Las exhumaciones apenas pudieron cumplir las etapas iniciales y la totalidad de la verdad no se conoció. Lo que salió a la luz fue revelador. Señala Ochoa Antich que "allí descubrimos la protuberante prueba de las ejecuciones: muchos cráneos parecían mostrar lo que según el extraño eufemismo se conoce como disparo de gracia. Allí encontramos signos de insólitas mutilaciones: por solo ejemplo, en una bolsa plástica dos botas con dos pies adentro. Allí encontramos que muchos cuerpos fueron recogidos de la calle sin mediar protocolo de autopsia ni investigación alguna: muchos cadáveres fueron encontrados completamente vestidos, lo que a nuestro juicio tipificaba el clarísimo delito de ocultamiento de hecho punible"⁹.

De una revisión de la literatura publicada se extraen diferentes actitudes ante los sucesos: perplejidad de parte de algunos humanistas y científicos sociales que honestamente se declararon carentes de poseer en su saco de conocimientos la teoría que explicara los hechos. Otras voces autorizadas, tal vez un tanto más vanidosas, consiguieron la respuesta certera señalando las causas inmediatas que precedieron a los sucesos como la razón de la "explosión social" ocurrida. No estuvo ausente por supuesto el discurso de los amos del poder político y económico, quienes hasta con cierta ingenuidad confesaron haber sido tomados por sorpresa y tildaron los disturbios como "una explosión espontánea o estallido social", "una guerra entre ricos y pobres" o la guerra de "pobres contra pobres"¹⁰.

Las razones enumeradas son múltiples, en su mayoría miran hacia afuera o acusan a los gobiernos, a los partidos políticos y a la clase dirigente que han ejercido el poder durante los últimos 30 años. Entre las causas señaladas como determinantes están: 1) Las medidas de austeridad impuestas por el Fondo Internacional Monetario a pocos días de haberse celebrado la fastuosa toma presidencial de Carlos Andrés Pérez, electo por votación mayoritaria. "Coronación" se le llamó al acto de juramentación que contó con la presencia de un nutrido grupo de mandatarios en ejercicio que vinieron a testimoniar su fe en la firme y estable democracia venezolana. Las medidas de austeridad, de "sacrificios" como también se les tildó, afectaban principalmente la vida cotidiana de la población y estaban en franca contradicción con el discurso ambivalente, en parte antineoliberal, pronunciado por Pérez durante su previa campaña electoral. Las medidas también

-
9. Enrique Ochoa Antich: *Los golpes de febrero. 27 febrero 1989. 4 febrero 1992. (De la rebelión de los pobres al alzamiento de los militares)*. Caracas. Fuentes Editores. 1992. p.50
10. El primer aserto fue enunciado por el entonces presidente en ejercicio Carlos Andrés Pérez y el segundo por el rector de la Universidad Central de Venezuela.

contradecían las expectativas de los venezolanos que lo habían llevado al poder y esperaban de él la resurrección de la Venezuela opulenta, vivenciada durante su primer mandato.

2) La incancelable Deuda Externa y las exorbitantes sumas exigidas como pago de servicio de la misma a costo del deterioro social de la población. Una notable desmejora de la calidad de vida del venezolano, acostumbrado a recibir los beneficios de un Estado petrolero rentista ya agotado, pero que en sus años de bonanza siempre reservó una suma para mantener apaciguadas a las masas.

3) La corrupción institucionalizada y generalizada en las esferas del poder político y económico y, en consecuencia, la falta de credibilidad en los partidos políticos y su dirigencia.

4) El lujo y la ostentación desplegados por un sector minoritario en las calles de una ciudad que acusa un 70% de su población viviendo en condiciones de pobreza atizaron el odio y resentimiento madurados durante muchos años de injusticia. No en balde me inculcaba mi abuela, una mujer muy práctica y sabia, poseedora de una aleccionadora tradición cultural, que la riqueza había que esconderla para que no despertara envidia. Entre el disimulo y la desfachatez, pareciera que la frustración y el odio fueron tomando cuerpo, y me perdonan esta pequeña digresión anecdótica, pero en términos de comprensión de la cultura, es mucho lo que transmite.

5) Por supuesto que en el balance de reflexiones posteriores al estallido social no estuvieron ausentes aquellas opiniones que desde antes venían denunciando los estragos de un capitalismo voraz, cuya meta era una distribución más equitativa de la pobreza entre los pobres para poder sustentar un crecimiento económico y una acumulación de capital más efectivos entre una minoría rica. Sin embargo, a pesar de ser voces que cuentan con cierta autoridad en el espacio público oficial, no dejan de estar ubicadas al margen del mismo. En cierto sentido son los juicios de los raros los que tienen la tarea de la denuncia y ejercen el papel de profetas del desastre¹¹, que en momentos de desestabilización del orden legalmente instaurado hasta de subversivos pueden ser acusados.

¿Por qué tanta sorpresa ante un "estallido social" y principalmente ante la dimensión de su desbordamiento? Los profetas del desastre lo venían

11. Véase, por ejemplo, los capítulos "fenomenología de la corrupción" y "el ejercicio perverso del poder" del libro *Los extravíos del poder* de Héctor Malavé Mata, donde se analiza y documenta la euforia del populismo y la crisis de la democracia en Venezuela. (Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la Biblioteca. Caracas, 1987). Igualmente declaraciones aparecidas en la prensa de miembros o simpatizantes de partidos asociados con la izquierda o de miembros del ala renovadora de la Iglesia, más de una vez, señalaron el estado de injusticia social vigente y alertaron sobre sus posibles consecuencias insurreccionales.

anunciando. Además, estas voces concientizadoras no hablaban en la soledad, tenían el respaldo y la compañía de un arraigado miedo cultural, profundamente asimilado por la colectividad residenciada en el Valle de Caracas que en su habla cotidiana ya había acuñado una corta frase enigmática "el día que bajen de los cerros". El escucha, en medio de lo no explicitado, sabía reconocer el "quiénes" y "el para qué". Tal vez el uso mismo y continuado de la frase la hizo una residente más de la vida cotidiana; la hizo costumbre, la convirtió en rutina, en pertenencia, que como una suerte de exorcismo servía para conjurar y extirpar los demonios: de esta manera se alejaba la ocurrencia de los hechos, se anulaba la posibilidad. Sobre el sustrato histórico del arraigado miedo a las revueltas populares en la conciencia del venezolano volveré más adelante, baste por ahora señalar que revueltas las hemos tenido desde la Colonia, y que cuando ha surgido un líder popular o se ha sospechado de alguno, lo hemos sabido fusilar o quitar del camino a buen tiempo.

EL ESPACIO PÚBLICO SE DESORDENÓ

El 27 y 28 de febrero de 1989 el pueblo tomó las calles, invadió y se apropió de lo privado ajeno. Los siguientes días de marzo, la represión ocupó el espacio público para defenderlo; para que la defensa fuera efectiva allanó el espacio privado de las masas y con las balas penetró en las interioridades de sus viviendas y de sus vidas, segando algunas de ellas. La violencia, la muerte y el desorden gobernaron ambos espacios. Sin embargo, es necesario examinar algunas de las palabras usadas con mayor frecuencia para describir los sucesos. Esta revisión desentrañará los juicios de valor y las nociones clasificatorias escondidas detrás las palabras, a la vez que surgirán nuevos conceptos y alternativas de enfoque para evaluar los hechos.

"Motín", "estallido", "explosión", "sismo", "sacudón", "huracán social" han sido los recursos lingüísticos favoritos para nombrar los sucesos ocurridos; "espontáneo" el adjetivo para definir la forma de emergencia, y sobre sus protagonistas han recaído los apelativos de "masas", "turbas", "pobladas", "canalla", "multitud desbordada", "chusmas de Gaitán" y "turbas de Zamora", y "pueblo" entendido éste en su acepción peyorativa. El lenguaje mayoritariamente usado instituyó imágenes de cataclismo telúrico para definir la situación: sismo, explosión, estallidos que arrojaron de las entrañas "oleadas de masas humanas enardecidas", sin otra identidad que no fuera la pobreza y su exclusión del sistema instituido. Algo así como si una mayoría invisible se hiciera presente repentinamente. Cabe preguntarse con detenimiento quiénes componían esa masa. Dicho de otra manera, si esa voz

genérica "pueblo" la descomponemos en "actores sociales" y le restituimos la facultad de acción y de protesta por sus derechos a una ciudadanía que le ha sido negada ¿cómo se nos figura el cuadro de los acontecimientos? En el recuento testimonial de Elio Colmenares¹², quien se define como un observador no imparcial de los acontecimientos, militante revolucionario y miembro del Partido Socialista de los Trabajadores, encontramos allí datos interesantes que permiten reconstruir los acontecimientos desde otra perspectiva. Interesa en particular observar el desarrollo de los acontecimientos bajo un enfoque que privilegie la identidad social de los actores y los mecanismos -informales- de organización de sus acciones. Reporta Colmenares que el sábado 25 de febrero, la Coordinadora de Federaciones Estudiantiles discutió sobre la medida tomada por el gobierno referida al aumento de los pasajes del transporte colectivo; allí tomaron la decisión de realizar una intensa propaganda entre el pueblo, el día lunes 27 de febrero, en las estaciones o terminales de transporte urbano, convocando a la vez a una marcha al Congreso para el jueves 2 de marzo. Por otro lado, varios sindicatos plantearon la necesidad de un plan de lucha contra las medidas económicas. *Últimas Noticias*, un diario de circulación popular, el 26 de febrero, informaba que "pobladas" en tres núcleos urbanos del interior del país (Mariara, Cagua, San Mateo y la Victoria) habían saqueado supermercados en busca de alimentos¹³.

Sobre la cultura nacional del saqueo existe cierta tradición. Es importante que la reseñemos. Dejando de lado los saqueadores por excelencia más recientes del país, que en este momento son los banqueros y los rectores del sistema financiero, así como apenas unos años atrás fueron los dueños del poder político, y antes que ellos las acusaciones recaían sobre el imperialismo y las transnacionales en convivencia con una elite nacional "vende patria", es importante, para efectos de este trabajo, destacar la existencia de una conducta dispuesta al saqueo como una forma de reaccionar y castigar, de imponer justicia por su propia mano a los que han extralimitado el poder. Saqueos públicos reporta la historia venezolana reciente de este siglo tanto después de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez como después del derrocamiento del otro dictador de este siglo, el general Marcos Pérez Jiménez. En el primer caso como en el segundo, los centro de acción estuvieron dirigidos hacia los símbolos emblemáticos del poder destituido. Cuando Gómez se emprendió contra las casas de las figuras más relevantes vinculadas al régimen; cuando Pérez Jiménez contra

12. Cfr. Elio Colmenares: *La insurrección de febrero. Un análisis para la lucha revolucionaria*. Ediciones La Chispa. Caracas, 1989.

13. *Op. cit.*, pp. 23-24. Allí se reporta el papel jugado por los estudiantes, en particular los del Instituto Universitario Politécnico "Luis Caballero Mejías".

la institución encargada de la represión: La Seguridad Nacional. Durante las frecuentes protestas estudiantiles, ocurrían también saqueos ocasionales que tenían como objetivo vehículos de transporte de alimentos.

El "marzo merideño", ocurrido dos años antes del "Gran Sacudón" de Caracas, se dejó pasar sin mayor pena ni gloria, aunque era una advertencia de lo que vendría posteriormente a nivel nacional. Mérida, una ciudad estudiantil y turística, ubicada en los Andes venezolanos, ya contaba con la experiencia de una intensa semana de protestas, saqueos y revueltas populares. De comparsas de estudiantes, que con espíritu festivo celebraban por las calles su graduación, se pasó a la muerte, al saqueo y al carnaval de sangre. Esta vez, el aumento de las tarifas del transporte urbano no fue el desencadenante de la violencia, sino la furia de un jurista, un abogado, formado para el ejercicio de la defensa de la Constitución y de los derechos ciudadanos, que interpretó los orines rociados por un urgido estudiante a la entrada de su casa como un acto de inconmensurable desafuero, que debía ser sancionado con la muerte. Sin el auxilio de juicios penales, a balazos disparados inmediatamente después de cometida la falta, el jurista cobró por los daños. La reacción de los compañeros del joven fue inmediata; arremetieron contra la propiedad del agresor, y de la fiesta carnavalesca se transitó a la revuelta popular.

De manera, pues, que el día lunes 27 de febrero, los habitantes de Caracas y sus alrededores no despertaron misteriosa y repentinamente enardecidos con fuertes deseos de protestar. Por el contrario, el germen de protesta se venía gestando, y por diversas vías se venía estructurando. Los estudiantes y trabajadores habían tenido sus espacios de concientización. Los alumnos que iniciaron la protesta en Caracas, mayoritariamente de institutos de educación media y universitaria llevaban volantes, con la consigna "defendamos en la calle el pasaje estudiantil"¹⁴. Sin desconocer que el emisor de este testimonio pudiera tener un sesgo magnificador del papel jugado por los estudiantes, llama la atención el hecho de que efectivamente han sido los jóvenes de educación media y universitaria quienes han demostrado mayor arrojo en involucrarse en protestas que escenifican en las cercanías de sus centros de aprendizaje. Muchas veces estas protestas se convierten en "focos" de revueltas, donde estudiantes y "encapuchados"¹⁵ se enfrentan a la policía. La colocación de barricadas y hogueras en las calles, más la quema de vehículos han sido acciones comunes a este tipo de protesta estudiantil.

14. *Op. cit.*, p. 26

15. "Encapuchado" es el término usado para referirse a una clase de participante que supuestamente se introduce en las manifestaciones estudiantiles, provisto de una conducta violenta, de piedras y otros artefactos, con el fin de transformar la protesta en revuelta. Recibe ese nombre porque haciendo rápido uso de la camisa o franela que lleva

Más adelante explica el mismo Colmenares que la primera etapa de los disturbios del 27F, la de la protesta y toma de las calles, estuvo regida por la táctica de "pique y huye", que consiste en la formación de grupos de ataque itinerantes, que se oponen a las fuerzas policiales, formando diferentes focos y tomando diversos lugares para disolverlos rápidamente y hacerlos aparecer en otro lugar. La aplicación de esta estrategia, basada en la aparente atomización y desorganización, aunada al conocimiento del lugar, de sus calles, atajos y escapes, debilita la eficacia policial. Es importante aclarar que la aplicación de esta estrategia era rutina durante las protestas estudiantiles y de otros grupos realizadas en jornadas anteriores. De modo que esta modalidad de revuelta, junto a la presencia de los "encapuchados", armados con piedras y bombas de fabricación casera, las barricadas, la quema de neumáticos y vehículos, los saqueos a vehículos pesados de transporte de alimentos, formaban parte de un repertorio tradicional de estrategias aplicadas por esas "masas" que, ocasionalmente se hacían presentes, aunque invisibles para la sociedad global. Pues son masas imaginadas sin actores sociales ni derechos de ocupar un lugar en el espacio ciudadano de una nación que se desea moderna.

El discurso de la cultura oficial ha construido una representación social de esa masa marginada que nos la hace figurar como un conglomerado sin voz, sin cuerpo, sin gestos y sin acciones propias. Lo que ocurrió el 27 y 28 de febrero reveló lo ignorado, los actores sociales velados simplemente magnificaron su comportamiento rebelde, cimarrón, gestado en una sociedad desarticulada. Si hubo sorpresa fue por ceguera. Esa abultada realidad social —habitante de los barrios marginales y populares que había sido escondida por los ojos enceguecidos de una modernización instaurada a costa de grandes préstamos al capital extranjero y sobre el despilfarro de los inmensos recursos naturales del país— bajó finalmente de su invisibilidad cerrícola para hacerse presente en el Valle de Caracas, tenido como el único espacio público posible, habitado imaginariamente por una minoría de ciudadanos conscientes de su papel modernizador. Pero no todo es tan simple. No toda "la poblada" estaba formada por los marginales y los desposeídos, pues las imágenes transmitidas por las emisoras de televisión, al inicio de los saqueos, mostraron una composición social mucho más

puesta, se cubre el rostro (se hace invisible) para protegerse de ser reconocido como protagonista de "actos vandálicos". La controversia sobre la ilegitimidad de estos personajes ocupa un lugar destacado en la prensa y sobre ellos recaen las acusaciones de ser personas ajenas a los medios estudiantiles que usurpan un espacio de protesta que no les corresponde, distorsionándolo con su conducta antisocial. Sin embargo, es interesante señalar que en la ciudad estudiantil de Mérida llegó a darse una manifestación de "encapuchados" que desfilaron por las calles con sus rostros descubiertos, como respuesta ante ciertas amenazas provenientes del sector oficial.

heterogénea: allí se vio clase media cargando con una liviandad festiva pesados artículos electrodomésticos, aunque la participación de estos protagonistas rápidamente desapareció de las reseñas de los hechos. La escritura propició su disimulo y su olvido. Si los otros fueron mayoría y éstos minoría, también es cierto que allí se reprodujo la misma composición social de la población urbana. La participación de la clase media en los saqueos fue menor a semejanza de las estadísticas que reportan los estratos poblacionales. La invisibilidad de estos saqueadores rápidamente se ha ido institucionalizando para hacer recaer la culpa sobre la barbarie de una masa anónima asociada con los cerros, habitantes de la marginalidad y sinónimos únicos de saqueadores.

En esta sucinta exposición de las formas estructurantes del desorden, es importante reseñar la participación de la policía, ya sea en su papel de agente ordenador de los saqueos o como invitada a los mismos. Porque existió coordinación en los saqueos: la fuerza encargada del orden público cuidó que en muchos de los saqueos se diera una distribución equitativa de la riqueza, por ejemplo, a los hombres y adolescentes se les impidió el acceso para darle prioridad a las mujeres y niños, los abusadores eran concientizados para que dejaran algo a los demás, y una parte del botín se lo reservó la policía para su propio consumo¹⁶. Estos fueron los pactos entre la violencia y el orden, que se rompieron cuando el ejército tomó la calles, para normalizar la situación mediante la represión: la sangre entonces desbordó las calles.

La "bajada de los cerros", esa suerte de descenso telúrico que trae a la mente la idea de cataclismo geográfico, tiene otra lectura en la recepción colectiva de ese sector social sobrecogido por un arraigado miedo histórico¹⁷ a la ocurrencia de una posible revuelta protagonizada por esa masa —amorfa— sin nombre y cuerpo social específico, que el discurso de la

16. Cfr. Testimonios publicados en *El día que bajaron de los Cerros*, p. 35.

17. El miedo a las revueltas populares está cíclicamente documentado en la historia venezolana. Ya en tiempos de la Colonia se le temía a la posible ocurrencia de levantamientos de negros semejantes a los protagonizados en Haití y en otras islas de las Antillas. Durante la guerra de la Independencia, 1814 fue un año sangriento de guerra civil entre los blancos y las castas de color, que se confundían entre sí bajo los designios proclamados ya sea por los del bando "realista" o "patriota". Fue el año del sanguinario Boves, quien bajo los emblemas de la bandera española, ejerció, más bien, el papel de igualador de castas a fuerza de degollinas colectivas de blancos. Tres años más tarde, en 1817, el miedo a las insurrecciones populares surge de nuevo. Esta vez la amenaza provenía de un "patriota", Plar. Un Consejo de Guerra especialmente nombrado sentenció el fusilamiento del líder popular de la causa independentista que se vislumbraba entonces como el rival más importante de la supremacía ejercida por Simón Bolívar. Trafelón lesa patria e instigador del orden público por querer dirigir una sublevación de las masas de color contra los blancos fueron los argumentos determinantes para condenarlo. Ya consolidada la Independencia e instaurada la república, en

modernidad acoge bajo rótulos e ideales muy genéricos, como libertad, igualdad, democracia, aunque en su praxis modernizadora le niega el acceso al progreso y bienestar social. La sentencia "cuando bajen de los cerros" era de vieja circulación colectiva antes del 27 de febrero, debe haberse acuñado a medida que los cerros se poblaban, después de la caída del último dictador Pérez Jiménez, en 1958, cuando se inicia un proceso democratizador que no pudo contener ni absorber la migración hacia las ciudades. Los "cinturones de miseria" se formaron y agrandaron, al extremo de conseguir hoy en día una gran heterogeneidad en ellos: los barrios de vieja data y los de reciente formación. En los primeros ha fructificado una generación de nuevos venezolanos, entre los cuales es frecuente encontrar profesionales; en los últimos moran los "sin techo", los que han llegado tardíamente. Allí venezolanos y extranjeros de otros países latinoamericanos comparten o delimitan sus espacios, y todos en mayor o menor escala se ven continuamente amenazados por el hampa nacida en su seno.

La bajada de los cerros aparece relatada en los testimonios de los que la vieron descender y de los que descendieron. Uno de estos cuenta que de las avenidas de abajo los incitaban a unirse a las protestas, y los que subían del valle traían sus versiones de los sucesos que se estaban desarrollando en las avenidas y calles de la ciudad. Las escaleras en los barrios marcan un estilo de vida y socialización muy particular. Por ellas deben descender y desplazarse sus habitantes para incorporarse al Valle, a la ciudad, al espacio público, al mundo de abajo, donde tienen cabida los ciudadanos que se acogen a las reglas de juego del Estado y al ideal construido de Nación. El tránsito diario por las escaleras hace familiar las caras de los vecinos; sus cuerpos, sus gestualidades y sus acciones son de conocimiento comunitario, al igual que parte de su vida cotidiana. La familiaridad y no necesariamente la intimidad es la norma que rige el uso comunal de estas vías peatonales. En consecuencia, la comunicación oral se establece como una forma cotidiana de interacción. La información circula con rapidez.

Poco a poco comenzaron a descender, relata un protagonista, había mucho miedo suscitado por la balería disparada abajo. A esta altura del relato, es importante destacar que cuando la ciudad tenía ya horas ardiendo y en algunos lugares lo saqueos ya habían comenzado, es cuando comienza

1860, Ezequiel Zamora es ultimado por una bala de rifle de proventencia anónima. Zamora, otro líder popular relevante del proceso revolucionario venezolano, encabezaba las banderas reivindicativas de las capas populares, en nombre de los liberales, durante la Guerra Federal. La historia no ha podido identificar al asesino del héroe o, mejor dicho, al héroe que posibilitó la desaparición del asesino popular, cuyas tropas mataban y cometían desmanes contra los blancos amos del poder. Lo cierto es que después de su muerte, la violencia popular cesó, surgieron los acuerdos y los mediadores, también los cambios sociales se hicieron menos radicales.

el descenso masivo de los moradores de los cerros. Un testigo relata que bajaba gente y bajaba y nunca terminaban de bajar. En la planicie estaba ya apostada la Guardia Nacional con las armas y los ojos puestos en los cerros, aunque la gran masacre todavía no había comenzado. Por entonces lo determinante era poner un poco de orden en los saqueos, que también tuvieron su organización interna de acción. La multitud no bajó desguarnecida, entre la gente se encontraban personas armadas que abrían paso y con sus instrumentos forzaban las puertas de protección de las tiendas. Los "azotes de los barrios", "los antisociales" llamados también "malandros" y los moradores de la vida cotidiana de los cerros, esta vez, compartieron no sólo un mismo espacio geográfico sino que se unieron solidariamente en una tarea común. Paradójicamente, cuando la represión comenzó y el ejército allanó los barrios hasta donde pudo penetrarlos, surgieron, entonces, los "francotiradores", quienes resistían con sus armas y municiones, apostados en las azoteas de casas o bloques de edificios. Esta resistencia le fue cara al pueblo, pues el ejército disparó indiscriminadamente contra las viviendas de quienes ningún vínculo real tenían con el francotirador. Lo que en un principio fue protección se convirtió en horror.

Se ha señalado como un elemento propagador de los disturbios y los saqueos a los "motorizados"¹⁸. Ellos, en sus motos, formando grupos, fueron vistos recorriendo la ciudad, haciendo circular la últimas noticias relacionadas con los disturbios. A semejanza de su quehacer diario, fueron eficaces propagadores de información, tan sólo que esta vez no cargaban mensajes de casas comerciales o de oficinas gubernamentales sino de sus congéneres de clase. Con sus motos encabezaban grupos de gente, a quienes les abrían camino e instigaban a tomar las vías públicas. Su liderazgo fue más efectivo que el de las voces autorizadas de los partidos políticos, quienes hasta ese momento se habían mantenido en silencio y ausentes de los medios de comunicación. Un grupo de motorizados trató de tomar por asalto una estación de televisión y el edificio de FEDECAMARAS, organismo que representa los intereses del empresariado venezolano. Aunque la tarea resultó infructuosa, es importante señalar el carácter político y social que tuvo esta acción. Sin embargo, los signos operantes más evidentes contra los cuales se dirigieron los saqueos del 27 y 28 de febrero fueron (1) los abastos

18. Es importante señalar que estos motorizados que ejercen el oficio de mensajeros tienen el encargo de llevar informes y paquetes a lo largo de la ciudad, asimismo se les encomienda la ejecución de otras tareas urgentes y hasta de confianza, como retirar dinero de los bancos. La eficiencia de una oficina depende de la rapidez y capacidad de movilización de estos empleados, que claramente deben desempeñarse gracias a la destreza de vadear con sus motos el pesado tráfico de la ciudad. Son expertos conductores que se permiten a sí mismos transgredir todas las normas de circulación. Entre ellos existe una gran sentido de solidaridad que los organiza en un grupo o comunidad, que no requiere de asociaciones gremiales para reconocerse.

y supermercados. El pillaje funcionó como un acto de justicia por propia mano ejercida por la gente contra los especuladores y acaparadores de alimentos¹⁹, (2) las casas comerciales, como una respuesta para satisfacer necesidades consumistas incentivadas por la sociedad global. La vida cotidiana, de este modo en un afán justicialista, se apropió del espacio público, lo hizo suyo, y la propiedad privada la convirtió en asunto público.

Otro aspecto importante de señalar es que los barrios cuentan con sus formas de organización vecinal, compuesta en células o núcleos de asociación, que tienen a su cargo incentivar formas de autogestión para resolver los problemas locales de seguridad y sobrevivencia. Los líderes de estas células, elegidos por los vecinos, en algunos casos, pertenecen a los partidos políticos o son personas independientes con capacidad de capitalizar la simpatía de los demás. Son voces autorizadas a quienes se les escucha y atiende. El impacto que estas voces líderes hayan podido ejercer en la gente de los barrios durante los acontecimientos de febrero queda por determinar, pero resulta ingenuo subestimarlas. Igualmente sería importante ahondar en la influencia modeladora que han ejercido los dueños de altares o líderes de centros espiritistas religiosos sobre la conciencia social y política de los habitantes de los barrios populares.

Nuestro enfoque de los acontecimientos, hasta el momento, ha privilegiado las acciones y formas de organización de una revuelta espontánea popular, en el entendido de que estos actos de rebelión no son tan espontáneos sino que se han venido gestando en el interior de la cultura, y muchas de sus acciones forman parte de su propia tradición de protesta y rebeldía. La siguiente parte de la ponencia se centra en destacar algunos de los basamentos de esta ideología popular de la subversión, anclada en el cimarronaje, tomando como referencia la parahistoria construida por el imaginario popular en la esfera del rito y las creencias mágico religiosas. Por razones de espacio y tiempo, me limitaré a señalar exclusivamente uno de estos espacios históricos narrados por los "espíritus" africanos que descienden y poseionan médiums actuantes en un Centro Espiritista enclavado en un populoso barrio de Caracas²⁰. La "Corte Africana", una de las tantas cortes

19. Actos de justicia por propia mano están sucediéndose con frecuencia en los barrios populares de Caracas. Hasta el 12 de abril de 1995 se habían producido seis linchamientos de malhechores y delincuentes, residentes también de la marginalidad. La opinión pública ha condenado de asesinatos a estos actos de justicia popular cometidos por los vecinos de los barrios. Ante la inacción del Estado, la gente ha tendido a organizarse solidariamente en defensa de sus vidas contra la violencia y desarticulación nacida en su mismo seno. Cfr. *El Diario*, Caracas, 25 de enero de 1995, p.3. *El Diario*, Caracas, 12 de abril de 1995, p.5. Este tipo de conducta ha seguido sucediéndose durante el siguiente año de 1996.

20. El trabajo de campo y recolección de información se realizó en un centro religioso espiritista, que se desvía en algunos aspectos del gran culto popular a María Lionza. Sin

de espíritus operantes allí, ocupa un lugar preponderante dentro del sistema de creencias y en la configuración del espacio mágico-religioso. Los espíritus africanos, por la fuerza que poseen, son invocados para realizar curaciones y solventar necesidades de los creyentes que acuden a su consulta. Los mitos históricos sobre los que se sustenta esta Corte Africana ofrecen un excelente ejemplo para establecer las articulaciones entre la ideología de la subversión operante en el estrato popular urbano con la revuelta popular. Los espíritus de ancestro africano que componían a esta Corte han sido renovados por una nueva camada de espíritus, que tienen su particular manera de construir su historia en concordancia con las expectativas culturales de sus adeptos²¹. El mito que narra el origen de esta Corte cuenta la historia de la Madre Erika, una africana de los tiempos de la esclavitud, quien tuvo varios hijos. Algunos de ellos fueron llevados a la isla de Trinidad, donde Bárbaro Africano, poseedor de conocimientos especiales se retiró a una cueva de la cual nunca más salió, pero le transmitió sus conocimientos a su hermano Centauro Africano. Éste quedó encargado de esparcir la enseñanza de esa gran familia africana, los Estaus, que rigen la Corte Africana del Centro Espiritual, objeto de nuestro estudio. Esta renovación de los espíritus africanos viene acompañada de una germanización de sus nombres, además de una intensificación del espíritu de cimarronaje sobre el cual centra su origen. Apenas unos años atrás, espíritus de guerrilleros de los años sesenta dominaban en este Centro, además del espíritu de un conocido bandido social que robaba a los ricos para favorecer a los pobres.

Un seguimiento de la evolución de los espíritus imperantes en el Centro religioso marca pautas significativas para comprender cómo el entorno está asumiendo el proceso político del país, y hasta cierto punto ofrece indicios de ciertas respuestas populares en gestación. En otras palabras, allí se evidencian qué tipo de mecanismos de adaptación, subversión o rebelión se están desarrollando. En este sentido, resulta significativa la sustitución del cimarronaje de la guerrilla por el cimarronaje de una africanización germanizada. Otra corte de espíritus operante en este específico centro religioso-espiritista, la Corte Negra, toma como emblema, el signo de la cruz gamada o svástica, pero con sus cuatro lados o brazos acodados invertidos, para diferenciarse y exaltar el espíritu de paz. Aunque una paz simbólica,

embargo, pese a los deseos de diferenciarse de la práctica común, los rituales realizados por los cultores de este Centro no rompen significativamente con los patrones tradicionales del culto. Lo hemos tomado como referencia, pues observamos allí una reelaboración y actualización de la ideología del cimarronaje que no se hace tan evidente en otros Centros más conservadores.

21. Estas notas forman parte de un trabajo más extenso que he llamado "Biografía de los Espíritus y su conciencia histórica", el cual se centra en la captación y recolección de una parahistoria, tal como se expresa en el imaginario popular, esta vez, narrado por la voz de los espíritus.

construida, sobre los principios del cimarronaje, la rebelión y la exclusión, que en cualquier momento puede invertir nuevamente los brazos acodados del signo, que antes había modificado.

LOS SUCESOS HISTÓRICOS PROTAGONIZADOS EN NOMBRE DEL PUEBLO

La segunda advertencia al gobierno y al país

Tres años después de los sucesos del 27 y 28 de febrero, se madrugó en Venezuela el final inconcluso de un descontento que se había generalizado en todos los estratos de la población. El continuo protagonismo en escándalos de corrupción por parte de las esferas gubernamentales, la impunidad a la corrupción, la crisis de credibilidad y pérdida de legitimidad del poder político, el empobrecimiento acelerado de la población como resultante de la aplicación de las medidas de austeridad económica, entre otras razones, habían incrementado el número de protestas y manifestaciones públicas con un alto índice de violencia y un saldo menor pero significativo de muertes de algunos estudiantes.

Un grupo de oficiales del ejército con rangos de jerarquía intermedia encabezó el fallido golpe de estado dirigido contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Los "cabecillas del movimiento", los comandantes Hugo Chávez Frías y Francisco Arias Cárdenas, se identificaron como pertenecientes al "Movimiento Revolucionario Bolivariano", que tenía en mente tomar el poder para poner en vigencia el "Proyecto Nacional Simón Bolívar", construido sobre la base de tres raíces históricas: la raíz bolivariana, la raíz Zamorana y la raíz Robinsoniana (Simón Rodríguez)²².

Los rumores de la cercanía de un golpe de estado eran de circulación cotidiana, asimismo se conocía el descontento existente en el sector medio de los oficiales jóvenes, quienes representaban una amenaza de fractura a la unidad e integridad del ejército nacional. El ataque, sin embargo, tomó por sorpresa al presidente en ejercicio, quien tuvo que cambiar su experiencia apenas recién vivida en la democrática Suiza por las turbulencias de una insurrección que puso en vilo a su gobierno. Así, en espacio de pocas horas, el viajero líder de la democracia tercermundista que apenas acababa de descender del avión que lo traía del país modelo de democracia primermundista, tuvo que transitar de su paraíso de las promesas incumplidas al escenario de los tanques de guerra que tomaban por asalto el palacio

22. Gustavo Wanlosten y otros: *Malsanta en caballo de hierro*. Puentes Editores. Caracas, 1992, pp.72-80

presidencial. Pese al éxito tenido por los rebeldes en otras ciudades del interior del país, las maniobras en la capital no fueron tan efectivas. Son dos las causas señaladas del fracaso: errores en las tácticas y la ineficacia en transmitir por los medios de comunicación el llamado popular a la insurrección. En este último aspecto se les adelantó el presidente en ejercicio, cuya pronta aparición en las pantallas de la televisión, acusando a los "insurrectos" de magnicidas, eficazmente distrajo la atención. Horas más tarde, la imagen del Comandante Hugo Chávez fue expuesta a la audiencia televisiva en el contexto de la derrota y, precisamente, para hacer un llamado de rendición a sus compañeros de armas que todavía se mantenían en la resistencia en las ciudades de Maracaibo, Valencia y Maracay. Pocos segundos de transmisión por la televisión bastaron para que Hugo Chávez Frías quedara convertido en héroe. Vestido en uniforme de campaña y con los distintivos de una boina roja sobre la cabeza y una banda con los colores de la bandera nacional alrededor del brazo arengó el llamado a la subordinación, pero a la vez exhortó a la insurrección en un futuro. Su *bemos fracasado por ahora, tiempos mejores vendrán* quedó grabado en la mente de la audiencia receptora, asimismo las palabras del desprestigiado presidente Pérez acusándolo de magnicidio y las del líder fundador de la democracia cristiana, Rafael Caldera, desenmascarando tal acusación.

La repercusión a nivel nacional de "la intentona de golpe" se hizo sentir, junto a la simpatía del colectivo por los héroes ahora encarcelados, resucitó el liderazgo político del actual presidente electo en ejercicio, Rafael Caldera. Luego se intensificó la protesta de la sociedad civil exigiendo la renuncia al presidente Pérez. Por razones temáticas, nos limitaremos en esta parte del trabajo a señalar otras formas y estrategias populares de manifestar el descontento de la población. En este sentido interesa destacar la presencia de una forma poco usual de llamado a la protesta²³ y desobediencia civil en la cultura política de los venezolanos. Pocos días después del alzamiento militar y con la mente puesta en los sucesos del 27 y 28 de febrero, mediante mecanismos clandestinos e informales, se realizó un llamado al "cacerolazo". Una práctica de protesta llevada a cabo en Chile contra la dictadura de Augusto Pinochet, fue retomada en Venezuela. La noche del 10 de marzo de 1992, sonaron las ollas y cacerolas, las luces se encendieron y apagaron intermitentemente. La protesta se hizo presente y audible en toda la capital, especialmente en las zonas populares, así como también en muchas ciudades del interior.

23. Un antecedente de esta forma de protestar se dio en Venezuela a mitad del régimen de Pérez Jiménez, cuando grupos de mujeres salieron a desfilar pacíficamente por las calles de Caracas con las bocas tapadas por esparadrapos. Este símbolo de enmudecimiento forzado representó una forma efectiva de demostrar el descontento por una dictadura impuesta.

LA PROCLAMA DE LOS REDELDES DEL 4 DE FEBRERO DE 1992

"...El Movimiento Revolucionario Bolivariano 200 tiene como guía fundamental los planteamientos del Libertador Simón Bolívar relativos al nacionalismo, a la identidad nacional, relativos al latinoamericanismo, relativos a la independencia, a la autodeterminación de los pueblos. En el plano de la creatividad nos identificamos con Simón Rodríguez, el maestro del que fue Libertador de América, que tuvo la capacidad de enrumbar a un hombre de tales sueños.

(...) Nosotros creemos que debe haber un respeto real de los principios que una vez pregonaba Ezequiel Zamora...

Esperamos las expresiones de alegría de un pueblo que ha sido permanente golpeado y que nos negamos nuevamente a masacrar como el 27 de Febrero: el pueblo que nos negamos nuevamente a hacer regresar a la paz de las urnas, a la paz de los sepulcros"²⁴.

La imagen de una "guerra de pobres contra pobres" como también se denominó la revuelta de febrero de 1989 no se manifiesta ajena al discurso esgrimido por los bolivarianos. Este grupo destacó en posteriores entrevistas la indisposición de un sector del ejército a comandar sus tropas en contra de sus mismos congéneres de clase. Y en defensa a la acusación de traidores a lesa patria endilgada a los revolucionarios, el comandante Arias expresó en otra ocasión que "de lesa patria es que se nos esté preparando en los cuarteles solamente la forma de controlar manifestaciones populares, que se nos esté preparando para una guerra interna, que se nos quiera convertir en policía de control público interno. Lesa patria es que en vez de practicar con nuestras armas de guerra estemos preparándonos solamente con barricadas para frenar y matar estudiantes"²⁵. El impacto de los febreros, tanto el de 1989 como el de 1992, en la conciencia social y política de un sector de la población es innegable. Pero se necesitó otro intento de golpe, el 27 de noviembre del mismo año, para que el presidente Pérez abandonara el poder y se consiguiera la fórmula ideal que no interrumpiera el proceso democrático; los cambios políticos finalmente se dieron. El descontento, sin embargo, continúa, la corrupción sigue vigente, aunque el foco de atención se ha trasladado a los banqueros y al desmoronamiento del sistema financiero. La incertidumbre, el suspenso y el miedo dominan la atmósfera del país.

-
24. Estas palabras y otras que citaremos más adelante circularon como la proclama que respaldaba el golpe fallido del 4 de febrero de los cabecillas del Movimiento Revolucionario Bolivariano. Fue publicada junto a un programa de gobierno, unas entrevistas y las biografías de los líderes del movimiento en diferentes libros de rápida edición, que circularon a raíz de los sucesos. Cfr. Gustavo Wanlosten y otros: *El 4 de febrero. Por Ahora*. Puentes Editores. Caracas, s/f. Gustavo Wanlosten y otros: *Malsanta en caballo de hierro*. Puentes Editores. Caracas, 1992. También en Enrique Ochoa Antich: *Los golpes de febrero. 27 de febrero 1989-4 febrero 1992*. Puentes Editores. Caracas, 1992.
 25. Enrique Ochoa Antich: *Los golpes de febrero. 27 de febrero 1989-4 febrero 1992*. Puentes Editores. Caracas, 1992, p. 68

La imagen de Chávez, por un tiempo, llenó y rebasó el agujero que la falta de credibilidad y la ausencia de conciencia política habían cavado. El escenario del teatro político de la nación se mostraba lleno de actores y público opinando y accionando. Muchos solistas y coros cantando a la vez desafinaban la tonada. En medio de este concierto, el ideario del Movimiento Revolucionario Bolivariano amerita un análisis, en particular su vinculación con la conciencia histórica colectiva.

En otros trabajos hemos centrado el interés, por un lado, en la mitificación popular de Simón Bolívar, por el otro, en el alcance simbólico del héroe silenciado, tomando como imagen modeladora la figura de Manuel Piar²⁶. El culto popular a Bolívar está regido por una conciencia mitológica donde se confunden la Historia Patria, La Historia Sagrada y lo mágico-religioso, de esta forma la figura histórica del héroe se eleva a dimensiones míticas y sus acciones sacralizan la historia nacional. Por su ideario es emblema de lo oficial, de la fundación de la nación, por sus acciones es símbolo de la libertad. Aunque una libertad asociada con el grito de liberación del cimarronaje, con la redención y salvación de los desposeídos y descendientes de la esclavitud. Contrariamente, la construcción simbólica del héroe silenciado, Manuel Piar, tal como se expresa en la región de Guayana donde tuvo lugar su fusilamiento, aparece como una suerte de contradiscurso tanto al culto oficial creado en torno a Bolívar como a la tendencia hegemónica y centralista que éste legó a la nación. En el contexto de la dicotomía Bolívar/Piar, el último representa la secularización del discurso de la historia, mientras que Bolívar la sacralización del poder y del lenguaje que refiere su historia. Piar es el caudillo popular rebelde frustrado, mientras que Bolívar el dotado de protección divina. Piar personifica la transgresión y el peligro de rebelión, mientras que Bolívar el orden y la nación. Piar fue el héroe injustamente fusilado, Bolívar el que destelló en su lugar. Piar es el defensor de las causas populares, es posibilidad y es contingencia, es acción y es riesgo, mientras que Bolívar es fuente de unión nacional y padre tutelar que vela por sus hijos.

La figura de Piar se ofrece como emblema del tipo de héroe popular frustrado, desplazado por una opción normalizadora de mayor apego a la tradición y a la estabilidad del orden constituido. Bajo este esquema se inscribe la figura del caudillo popular citado por los golpistas del Movimiento Revolucionario Bolivariano, Ezequiel Zamora, cuyo programa político y social quedó inconcluso con su asesinato, a la vez que se despojó de lo

26. Cfr. Yolanda Salas: *Boltívar y la historia en la conciencia popular*. Instituto de Altos Estudios de América Latina. Universidad Simón Bolívar. Caracas, 1987. "La construcción simbólica del héroe histórico según las voces de la memoria colectiva". En *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe* (Daniel Mato comp.). Unesco. Editorial Nueva Sociedad, 1994. pp.153-162

popular al proyecto liberal, que bajo el impulso de Guzmán Blanco centró la nación en plena búsqueda de su modernización. El orden se impuso y cesaron los desafueros del pueblo cimarrón enfrentado contra sus amos.

Los líderes del Movimiento Revolucionario Bolivariano incorporan en su discurso dos imágenes aparentemente contradictorias, que se fusionan gracias al tono reivindicativo del culto popular a Bolívar y a la introducción de una tercera figura: la de Simón Rodríguez, cuyo ideario, sintetizado en la frase "o inventamos o erramos", se convierte en el paradigma que sustenta una búsqueda de originalidad americana en la construcción de modelos.

Desde su prisión, con un ideario tan sencillo, Chávez capitalizó la simpatía del pueblo por un buen lapso de tiempo. Además, dos factores adicionales contribuyeron a la forjación del mito Chávez, el hombre que posibilitó el cambio: su experiencia biográfica con la región llanera, símbolo de la nacionalidad por antonomasia, y su admiración exaltada por su abuelo Maisanta, un caudillo de menor relevancia que pasó a los anales de la historia menor, por ser uno de los últimos hombres a caballo que se opusieron a la dictadura de Gómez. Chávez, de este modo, también encarna otra tradición, la de la conciencia épica sustentada en la saga familiar que relata las hazañas fundacionales de la estirpe y de la nación²⁷.

Mientras Chávez, esa síntesis de conciencia histórica colectiva, permanecía en la cárcel, el país buscaba la fórmula democrática que le permitiera destituir al presidente, electo por mayoría de votos, que había traicionado sus expectativas. Por otro lado, de las cenizas encarceladas de Chávez había renacido el liderazgo apagado del caudillo de la democracia social cristiana, Rafael Caldera, quien, después de haber sido elegido presidente, firmó los sobreseimientos de los líderes implicados en el fallido golpe de estado de febrero.

Una vez puesto en libertad, aunque despojado de la investidura militar, Chávez el civil, alcanzó niveles alarmantes de popularidad. Se erigió en voz de conciencia amenazando al presidente Caldera con "darle un sustico" si el país no asumía los cambios necesarios. Ante una multitud de cinco mil personas, el 5 de febrero de 1995, celebró el llamado "Día de la Dignidad", en la Plaza Caracas en medio de estrictas medidas de seguridad, donde advirtió nuevamente al presidente Caldera de impulsar un movimiento nacional en su contra si no lograba resolver la crisis financiera que afectaba al país, poniendo presos a los banqueros corruptos²⁸. Su latinoamericanismo bolivariano lo dejó sentir en viajes por varios países del sur, su zamorismo zapatista lo hizo simpatizante del movimiento campesino de Chiapas. En

27. Cfr. Yolanda Salas: *Bolívar y la historia en la conciencia popular*. Instituto de Altos Estudios de América Latina. Universidad Simón Bolívar. Caracas. 1987, pp. 139- 175

28. Cfr. *El Diario*, Caracas, 5 de febrero de 1995. p.17.

Cuba, junto a Fidel Castro, "respiró el sueño bolivariano auténtico"²⁹. En Buenos Aires se confesó admirador del Che Guevara y destacó que su muerte en la selva boliviana era todo un símbolo de dignidad. En esa oportunidad se declaró nacionalista y latinoamericano³⁰. La bandera nacional de la cual se había apropiado el Movimiento Bolivariano como su distintivo, ya no es propiedad exclusiva de ellos. Ahora, con el consenso de la cultura oficial ha sido convertida en un bien de circulación común, cuya distribución está a cargo del gobierno, de los medios de comunicación y del mercado. El nacionalismo se expende en las calles y en los comercios como un artefacto de consumo más, ya no es de uso exclusivo de Chávez y los golpistas revolucionarios.

A raíz del ataque terrorista cometido por la guerrilla colombiana en la zona fronteriza de Cararabo, que dejó como saldo la muerte de ocho infantes de la marina venezolana, Chávez fue acusado de complicidad con el frente desestabilizador colombiano. El supuesto expediente de pruebas enviado por el presidente Samper al presidente Caldera demostrando los vínculos del ex-comandante golpista con la guerrilla colombiana se adecuaba a los intereses de ambos. Colombia salía airosa de los conflictos fronterizos provocados por la guerrilla colombiana y en Venezuela se creaba el ambiente propicio para gestar un sentimiento de héroe "traidor a la patria"³¹.

Este trabajo ha tenido como objetivos centrales, en primer lugar, determinar la estructuración y las formas de ordenamiento del desorden protagonizado por el pueblo. Las revueltas populares espontáneas se tienen como formas prepolíticas de protesta que no engranan en el sistema global ni conducen a cambios revolucionarios. Sin embargo, estas formas rebeldes de desorganización social no son tan primitivas si se enfocan como desobediencia civil protagonizada por actores sociales. El miedo a la revuelta se ha incrementado notablemente entre la sociedad global, y los titulares de los diarios, con frecuencia, citan palabras de los políticos o de personas influyentes que advierten la necesidad de tomar en cuenta al pueblo en medio de la crisis económica que atraviesa el país. El miedo a la revuelta es un arma que la "masa" tiene en sus manos. Miedo controlador para unos. Terror como defensa para los otros. Las palabras de un líder de un centro religioso son significativas: "El 27 y 28 de febrero nos enseñó que debemos

29. Cfr. *El Nacional*, Caracas, 15 de diciembre de 1992, p. A-2.

30. Cfr. *El Diario*, 18 de enero de 1995, p. 20.

31. Cfr. *El Diario*, 25 de marzo de 1995, p.2. La figuración posterior de Chávez en la esfera de la opinión pública ha menguado. Aunque todavía es objeto de ocasionales entrevistas por radio, prensa y televisión, su impacto en el espacio oficial no provoca respuesta personal específica. Sin embargo, su compañero de armas, Francisco Arias Cárdenas, es el actual gobernador del Estado Zulia, por mandato del voto popular en las elecciones regionales para gobernadores.

organizarnos para hacer las cosas. La próxima vez no va a ser saqueo, va a ser algo más importante, más fuerte". De esta forma la "multitud" ha ganado un espacio de poder, a la vez que ha reducido y limitado el espacio del discurso hegemónico. Este, por miedo, teme a la crítica y a la acusación³². En esta primera parte del trabajo se ha destacado también la ideología popular del cimarronaje sobre la cual se sustenta la cultura de la rebelión desarrollada a espaldas de la nación, señalando a la vez, las posibles resemantizaciones y distorsiones que se pueden estar gestando soterradamente en el interior de esa cultura de la rebelión.

En segundo lugar, se estudia la prolongación de la revuelta popular en un gesto fallido de movimiento revolucionario, operado abiertamente a la luz de la cultura hegemónica oficial. Los sucesos históricos protagonizados en nombre del pueblo se sustentan, por el contrario, en una conciencia histórica colectiva que es propiedad de la comunidad y de libre circulación nacional. Allí existe la tendencia a la repetición de los gestos y las acciones.

32. Como nota añadida al año de haber escrito este trabajo, es importante señalar que las medidas tomadas por el gobierno del presidente Caldera dentro del programa de ajuste económico para el primer semestre de 1996, que implicaron, entre otras, un aumento significativo en el precio de la gasolina, fueron objeto de dura controversia y discusión pública, y el miedo a otro "sacudón" o estallido social estuvo siempre presente. Programas compensatorios de tipo social acompañaron a las medidas de corte neoliberal exigidas por el Fondo Monetario Internacional. Los fantasmas del 27 de febrero siguen vigentes en el discurso público. Véase "¿Quién quiere un sacudón?" en *El Nacional*, 5 de mayo de 1996, cuerpo D. "El Chantaje del 27-F" *El Nacional*, 4 de mayo de 1996. Cuerpo D.